

La sombra se ha asombrado de blancura
en los mirtos floridos, a la orilla
de aquel camino que se vuelve blando
y corto, cuando voy en compañía.

Toda la tarde, en efusión de trópico,
densa de mi canción, se vuelca entera
en el cántaro vivo de mi dicha.

Sólo la estrictez del espacio nos impide seguir transcribiendo otras poesías de esta mujer portorriqueña, pues estamos seguros que su libro no llegará a venderse en Chile y los lectores nos agradecerían cuánto de ella les diésemos a conocer.

A pesar de su maestría de forma, tiene ciertas caídas inexplicables, como en el verso siguiente:

«El Señor te me ha mandado».

Pero estas pequeñas disonancias no son sino notas leves en la armonía total de su libro que tendrá, a no dudarlo, el aplauso de cuantos saben valorizar la poesía verdadera.—C. P. S.


<https://doi.org/10.29393/At148-236MRPG10236>

PRISIONERO DE GUERRA, por *Augusto Guzmán*. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1937.

La guerra del Chaco continúa dando tema a los escritores bolivianos y trabajo a las editoriales chilenas. Con esta profusa literatura bélica, ya nos estamos haciendo estrategias y conocedores profundos de la geografía chaqueña y del alma de los indios que la habitan. Desde el punto de vista informativo y aun literario, no cabe duda que los escritores bolivianos—no conocemos libro sobre la guerra del Chaco de escritores paraguayos—, se

han anotado varios aciertos y muchas de estas obras tendrán perdurable vida. Un nuevo acierto se marca la literatura bélica boliviana con «Prisionero de guerra», por Augusto Guzmán. Felizmente, sólo la primera parte de este libro se refiere a hechos de armas—tema que ya está envejeciendo por lo mucho que se ha explotado—, pues su autor cayó prisionero, dedicando la segunda parte de su novela a pintar la vida misérrima, humillante y cuajada de peripecias que llevó en territorio anemigo como prisionero de guerra. Un nuevo aspecto de la guerra, que por el hecho de ser poco menos que inédito, le da de por sí singular interés y atractivo. Ya no nos pinta campos de batalla cubiertos de cadáveres, animales muertos, carne putrefacta, estampidos de cañones, tableteos de metralla, zumbidos de aeroplanos, paroxismo colectivo, crueldad horripilante. Todo eso dejó Guzmán al caer prisionero; pero nuevas torturas, tanto físicas como morales, le esperaban. Guzmán describe minuciosamente, como en un diario, todo lo que le acaece en su calidad de prisionero. Y no podemos menos que negar que ésta su nueva vida es tan poco deseable como la que llevaba en el campo de batalla; aun cuando no tenía el peligro de perecer atravesado por alguna bala, las enfermedades mortíferas le acechaban por el pésimo estado de higiene en que vivía. Las peripecias que a Guzmán le acaecen en su cautiverio constituyen el nervio del libro y su mayor interés; poseen ellas toda la seducción de una novela de aventura, prescindiendo del estremecimiento escalofriante que suscitan esas mismas aventuras provocadas por la vida denigrante que tuvo que arrastrar. Sin dar mucho crédito a la veracidad de su relato, como imparciales que somos, comprendemos el fervor de su indignación al evocar los días tenebrosos que llevó en prisión. Bien comprendemos que los paraguayos no hayan sido muy cariñosos con sus prisioneros y aun llegamos a suponer que sus descortesías lindaran con la crueldad, propia de un estado de guerra de por sí inhumano, pero muchas de las cosas que nos cuenta Guzmán nos parecen in-

creíbles, pues sabemos que los paraguayos son seres humanos y que tendrían, por tanto, un poco de conmiseración para con el enemigo.

No obstante, el documento humano e informativo vivirá. Mas la acusación que de la misma exposición escueta de los hechos surge implacable, severa, condenatoria se perderá sin eco, porque nació de un alma apasionada de patriotismo y herida en su dignidad de hombre.

Vivo, ágil, animado, de un discreto colorido disuelto en la anécdota, que todo es anécdota, el estilo de este libro hace que su lectura se deslice impensadamente, suspenso el ánimo, sin arrancarle esfuerzo a la atención, como quien lee un largo reportaje en que el interlocutor es el propio autor, o como una novela de aventura. Y eso es, en esencia, este libro para nosotros, aun en sus páginas más patéticas y sombrías.

Menos artístico que el de Céspedes, de un realismo más atenuado que el de Toro, «Prisionero de guerra» posee una mayor técnica literaria que éstos, lo cual nos hace pensar que su autor es un escritor de experiencia y disciplina en el cultivo de las letras, no obstante el acento periodístico que advertimos a través de todas sus páginas.

Espíritu fuerte, acaso un tanto desmoronado por la guerra, Guzmán resucita de su propia ruina moral y física al saberse libre, y su pluma se estremece con sobrio lirismo: «Mi estrella, envuelta en las tinieblas de diecisiete meses lentos, rasga la obscuridad del cielo y alumbra radiosa como una flor alucinante. Mi alma y mi cuerpo forman unidad vital que se endereza de pronto ante el mañana, como si fuese una planta agostada de sed que de súbito alentase con el rocío vivificador. Todo el pasado parece retroceder en fuga hacia el olvido. El porvenir cobra en mi universo subjetivo una simbólica potencialidad y mi alma, enloquecida de entusiasmo, se pone a jugar con las mariposas sobre el campo que pasa frente a la puerta del furgón de ferrocarril».

Debemos felicitarnos de que Augusto Guzmán haya caído prisionero, porque así su existencia estuvo libre de los peligros inminentes de perecer en el campo de batalla y porque ello dió motivo para escribir este ameno y recio libro con tinta de su propia sangre.—MILTON ROSSEL.